

Flores Montenegro, Rafael
Semblanzas, prólogos y vivencias / Rafael Flores Montenegro. - 1ª ed.
- Córdoba: Babel Editorial, 2016.
144 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-697-109-6

1. Literatura. I. Título.
CDD 807

Semblanzas, prólogos y vivencias.

© Rafael Flores Montenegro, 2016

rafaelflores533@hotmail.com

www.rafaelfloresmontenegro.com.es

Maquetación y portada: Cristina Pérez Andrés

ISBN 978-987-697-109-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina.

Queda expresamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento comprendidos la reprografía y el informático sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

SEMBLANZAS, PRÓLOGOS Y VIVENCIAS

Rafael Flores Montenegro

BABEL
EDITORIAL

ÍNDICE

PARA NUESTRA AMISTAD CON RIMBAUD	7
LA PERSUASIÓN DE OLIVERIO GIRONDO	19
A LA MEMORIA DEL VIEJO PEDRO MILESI	33
ALICIA CONTURSI, EN BUEN NOMBRE DE TANGO	49
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA Y SU <i>INTERPRETACIÓN DEL TANGO</i>	61
<i>ATEISMO DIFÍCIL, A FAVOR DE OCCIDENTE</i> (JULIO QUESADA)	75
MISCELÁNEA SOBRE JORGE LUIS BORGES	83
JOSÉ VIÑALS EN AQUELLOS ANDENES	99
ALBERT CAMUS EN EL ESPEJO DE <i>EL EXTRANJERO</i>	109
UN SINDICATO DE LOS SETENTA Y DESPUÉS (PERKINS)	123
ONETTI Y LA MUECA DE LO SOÑADO	135

ARTHUR RIMBAUD

(1854-1891)

PARA NUESTRA AMISTAD CON RIMBAUD

No traté a Rimbaud. No estuve con él en ninguna calle, en ningún café ni en la casa de Fulano, ni me acarició la suerte o la mala hora de que un viaje a pie o en tren de segunda nos encontrara.

En primer lugar, no lo traté porque murió hace más de cien años, en Marsella, poco después de espetar a su hermana Isabelle que insistió en llevarle un sacerdote para que lo confesara: *Yo iré bajo tierra a la oscuridad, mientras tú seguirás paseando al sol*. Llevaba en el cinturón monedas de oro arduamente ganadas y que aún no había empezado a disfrutar.

Cuando alguien famoso muere –o le dan un premio que lo eleve a la epifanía– sobran críticos que sue-

len escribir: *yo estuve con él...; o: me dijo en aquella calle...*; a veces, un poco más modestos: *nos contaba que...* De todas formas, a Rimbaud —en sus mejores tiempos de creador literario— nadie se ofrecía para recordarle. Cuando murió, sólo asistieron madre y hermana al entierro. ¿Seríamos tan necios hoy?

Tal vez, tampoco por sus libros alcance a conocerlo. Quién, antes de conocer a otro, podría escapar a su pregunta: *¿Conozco al menos la naturaleza? ¿Me conozco a mí mismo?*

Nació el 20 de octubre de 1854 en Charleville, ciudad francesa de provincia que expulsaba a los jóvenes y asfixiaba a Rimbaud. Aunque la proximidad del río Mosa y su campiña están referidas en muy bellas páginas poéticas. Fue hijo de una campesina con propiedades rurales y de un oficial de infantería. La madre era experta en silenciar sentimientos tras una enérgica coraza de principios. El padre, un frustrado escritor (entre otras obras, hizo una traducción comentada de *El Corán*) que decidió que el hogar formado con Vitalie Cuif debía borrarse de su vida. En 1860, cuando Arthur tenía seis años, se separaron para siempre. Los hijos, dos niños y dos niñas, quedaron al exclusivo y excluyente cuidado materno.

Arthur, aventajado alumno del Liceo, desde muy temprano mostró deslumbrantes aptitudes literarias.

Sus profesores empezaron a señalarlo como niño prodigio, algo que la madre no supo recompensarle. El poeta niño, entre el fervor religioso de iglesia y los descubrimientos escolares, halló momentánea salida. Ya despuntaba en él una extraordinaria confianza en el poder adánico, nombrador de las palabras. Adolescente, en los cafés inventaba absurdas historias, aventuras lujuriosas que los parroquianos le pagaban con una pinta de cerveza o unas migajas de tabaco.

Ávido lector, incursionaba en las páginas de sus “parnasianos contemporáneos”, en historia, en novelas libertinas del siglo XVIII. En fin, en todos los libros que el azar o los amigos depositaron en sus manos; entre ellos, tratados de cábala y alquimia. Se revistió si no de erudición sí de una apasionada formación ocultista. Esto lo llevó a soñar —cuando soñar es creer con toda el alma— en la posibilidad de crear el oro de los alquimistas, a la vez que conseguir el otro, material y concreto, que lo salvara de la miseria económica. En pocos poetas es dable encontrar sentimiento más intenso sobre la vida de las palabras que al poeta podían alcanzarle la iluminación... y la subsecuente riqueza monetaria.

Acosado por la opresión de aquella estrecha Charleville natal, huyó hacia los tumultos de París en 1870. Eran los tiempos en los que el poeta iba en búsqueda de su videncia. Desde ahí, la biografía empieza a adquirir

la velocidad del vértigo. No habrá otro destino que le convenza ni "oficio" que le interese más de un par de meses. Ejercerá múltiples, rabiosamente, y para ganarse unos "luisés". Acosado por el hambre, París se le convierte en un gran estómago. Y la desesperación de su madre le recupera sucesivamente de las huidas para propinarle castigos corporales y encierros.

La necesidad de entreverarse con los poetas de París, trasladarse lejos de Charleville, probarse, lo arrojaron —provinciano, pobre y visionario— hacia la casa del ya entonces famoso Verlaine. Nace una amistad satánica durante la cual Rimbaud perfeccionará su estilo poético, sin cambiar de cabalgadura. Se acompañan y se aman; disputan y vuelven a la complicidad de malditos. Es cuando alterna con espíritus luminosos de la época, aunque de distinto signo. La pirámide social francesa, que entonces se destrona y vuelve a levantarse, siempre lo tendrá como un dinamitero. El positivismo en boga imaginó un paraíso hijo del progreso; cuando las máquinas lograran la solución de las necesidades sobrevendrían la libertad y el deseo abiertos. Los misterios retrocederían ante la piqueta de la razón, la felicidad se hace con el trabajo. *¡Qué siglo de manos!*, dice el poeta. En efecto, el XIX es un siglo atestado de mártires y de locos. Las teorías sociales pontificaban de un extremo a otro el apocalipsis, levantando una nueva fe, una utopía envuelta en papel de regalo... Hacía falta creer y sacrificarse, seguir una doctrina; todo era

posible desde que la Ilustración revelara los dioses de la nueva consolación. Rimbaud, de pie en aquella modernidad, proclama el flamante evangelio, y se mofa: *Es el progreso. ¡El mundo que adelanta! ¿Por qué no habría de girar?* El poeta se hunde en la desesperación, la droga y la aventura. Canta las tonadillas que revolotean en las grosellas, pero no se duerme. Ha sentado a la belleza en sus rodillas y encontrándola amarga la ha injuriado. Se entrega a las brujas. Es necesario desordenar los sentidos, un programa estético hecho de lucidez alucinada. Hay que volver a la barbarie inicial: sin embargo *no engrasa su melena como los antepasados galos. Vivimos en un siglo de oficios todos innobles*, dice. *Lo mejor es soñar borracho sobre la arena...* agrega en *Una Temporada en el Infierno*, cuya primera edición supervisó personalmente.

La tormentosa relación con Verlaine reviste episodios marcados por el agujero en la fe que ambos encarnaban. Finalmente Verlaine, cuando purga su condena por un balazo que disparó contra Rimbaud alimenta una sorprendente pasión mística. *Amémonos en Jesucristo*, fue su propuesta, de la que Rimbaud abomina. Una noche de puñetazos acabó con aquella amistad y nuestro poeta continuó en su senda de condenado. Estaba a tal punto atravesado por la errancia que escribió a su familia: *Me gustaría recorrer el mundo entero que, bien mirado, no es tan grande. Quizás entonces encontrara un sitio que me agradara lo bastante.*

Recorrió Europa, gran parte de sus distancias a pie y magro de alimentos, tanto que en ocasiones se le hicieron llagas en el estómago de rozarse vacío contra las costillas. Su método fue siempre la entrega de cuerpo y alma antes que la disciplina: no medita ni dispone concienzudos análisis, expone su ser como herida abierta a la sal y a los esquivos bálsamos de mundo. Siendo adolescente aún, reconoce *la horrible cantidad de fuerza y de ciencia que la fortuna ha alejado siempre de mí*. A ello opone su cuerpo y su videncia; la irisación del fuego espiritual que despierta. Nos dice que es un oráculo lo que proclama, él, para quien *no hay una familia de Europa que no conozca. Me refiero a familias como la mía que todo se lo deben a la declaración de los Derechos del Hombre*.

En 1873 viaja a Londres, donde ya había estado con Verlaine, y vive una breve reconciliación familiar. Es sorprendente la actitud del poeta, según el diario de su hermana Vitalie. Acompaña a la madre por calles y tiendas londinenses, se preocupa del bienestar de la hermana, intenta conseguir un trabajo que provea un orden exterior a su vida. Había publicado *Una Temporada en el Infierno*, con verdadera ansiedad por la opinión de la crítica literaria que, ominosa, le dio la espalda. Al final, no encuentra cauces favorables para su torrente interior: la familia lo despide para retornar a Charleville y Rimbaud intentará porvenir como profesor de idiomas. Es muy probable que en esos momentos haya escrito

desilusionado de tanto comedido fracaso: *la vida es la farsa que todos representamos* y el poema en prosa titulado *Democracia*. Abandona el trabajo en Inglaterra para reiniciar su vagabundeo por París, Alemania, Suiza, Italia... Tras la posterior repatriación a Charleville estudia —dentro de un armario— árabe y ruso. Y quizá, movido por las intuiciones de las correspondencias esotéricas y de las cosas aprendidas de Baudelaire, incurre en una nueva pasión: el estudio de la música. Talla con un cuchillo el teclado del piano en una mesa de su casa: estudia en ella teoría y solfeo hasta que su madre accede en alquilar el instrumento. ¿Por qué la música? Dicen los que comen el peyote o beben otros cualificados alucinógenos que —en trance— la estructura de las cosas se les revela de una geometría perfecta. Los pitagóricos, que la esencia última es perfecta como escalas musicales que resuenan de astro en astro, y resuenan asimismo en el corazón humano... Los caminos de la videncia —en fin— también podrían ser musicales para el poeta Arthur Rimbaud.

Hay un paradigma formidable en su vida que es siempre el umbral de las sorpresas: a los diecinueve o veinte años abandonó la literatura. Lo releemos y no hay otra tentación más poderosa que la de volver a sus páginas. Inevitablemente, uno recuerda que de la mayoría de los diversos y atormentados rebeldes, visionarios románticos del apocalipsis y la redención que en el siglo XIX hubo, se acabaron sentando teorías. Teorías

que sirven para convertirse en doctrinas. Rimbaud se nos eclipsa cuando pretendemos explicarlo: después de tan breves años de escritura, es seguro que lo encontramos en la culpa por las inocencias violadas, también en el vómito sobre ciertos estribillos de moda... Sospechamos que por obra de sus intuiciones y por *creer sagrado el desorden de los sentidos* se ahorró bastante del arduo camino andado por otros buscadores. En su obra se presiente una relación estremecedora entre las distintas caras de la numerosa realidad. Es posible que por eso estudiara diversas lenguas, piano, límites de la poesía, matemáticas y que durante su autoexilio en África pretendiera poseer copiosas técnicas manuales.

¿Por qué deja de escribir temprano —increíblemente temprano—? En *Una temporada en el Infierno* había escrito: *Abandonaré Europa. El aire marino quemará mis pulmones, los climas perdidos me curtirán. Nadar, machacar la hierba, cazar, fumar sobre todo; beber licores fuertes como metal hirviendo igual que lo hacían esos queridos antepasados alrededor del fuego. Volveré con miembros de hierro, la piel oscura, el mirar furioso: por mis máscaras se me juzgará de una raza fuerte. Tendré oro, seré vago y brutal.*

Allí cumplirá con varias líneas de su programa. Estará a salvo de la miseria, del servicio militar y del parnaso de los literatos ilustres. Se hizo ciudadano de aquel otro mundo; protegido quizá del terrible fulgor de

sus propias videncias, quizá menos atormentado por la unilateralidad de su cultura, quizá preparando una dudosa vuelta en mejores condiciones a Europa. Sin embargo, en 1883, cuando Alfred Bardey, su empleador en Aden, de vuelta de un viaje a Francia le informó que una publicación con sus poemas (reunida por Verlaine sin conocimiento de Rimbaud) entusiasmaba a la juventud parisina, respondió ácido y enfadado *¡absurdo, ridículo, repugnante!*, rechazando toda mención a posibilidades de reencuentro con su pasado literario.

Al final, tras padecimientos indecibles, el cáncer acabó prematuramente con su vida a los treinta y siete años, en 1891.

¿Es actual Rimbaud? *Un niño joven sin patria, sin madre, descuidado de cuanto se conoce, esquivo a toda fuerza moral, como ya ha habido, lamentablemente, mucha gente joven.* Como los jóvenes de las generaciones de las últimas posguerras mundiales, canta el fin de las razas y de las fronteras. *Hay que ser muy moderno, siempre muy moderno*, proclamó ante esta civilización que él veía envejecida de raíz. Luego, constató, anunció, oracular, *el tiempo de los asesinos*. No sólo Dios ha muerto, sino que han aniquilado nuestra pasión. Por ello hay que desordenar los sentidos. Ciudades, puentes, metropolitanos, hoteles, trabajo, fábricas, del mundo que adelantaba: el nuevo evangelio que nos arrastra, ahora, a una pesadilla de espectros sistemáticamente programados.

Hay que acostumbrarse a la alucinación simple y creer sagrado el desorden del espíritu. Occidente lo ha cubierto todo: una civilización que él conoce a pie y en el vértigo de una avidez espiritual que le llevó a las lecturas más axiales, al conocimiento de las ciudades por el corazón. Hay que empezar de nuevo, iniciarse en la sabiduría de esta aventura cuya lujuria creadora debe estar en el caos, en otra legalidad, la de "un yo que es otro".

Aunque desde copiosas décadas atrás padezcamos la falacia de creernos inventores, quizá sólo haya un deseo posible en la acción: el de reinventar. Cuando la parafernalia positivista había imaginado la posibilidad del paraíso a propósito de la ciencia y el progreso, la democracia vigilada y el populismo, Rimbaud está entre esos malditos que alzaron su aullido. Después de transitar en un viaje alucinante por los oficios, países, costumbres y revoluciones, decidieron abandonar Europa. Marcharon a África, entonces hipotético reino de los salvajes y la incultura. Asumidos decadentes que escribían con un cuchillo en la gorda piel de la costumbre. Ya sabían que las enfermedades indagatorias en la propia realidad tan occidental y cristiana, arrastraban a las generaciones triunfantes. Quizás hoy tampoco nos hayamos resignado. Pero de inventores no es seguro que tengamos mucho. Ya en el siglo XIX, estos desesperos esenciales sacudían a algunos aventureros. Y la aventura no estaba en los meandros de las agencias de viaje.

Año 1986